bien la destreza, el ánimo y valor de Motecuhzuma, no sólo se mostró contento de la determinación mexicana, sino también la aprobó con muchas razones dignas de su buen entendimiento (porque era hombre que le tenía muy aventajado), despidió a los embajadores con mucho contento y un gran presente, que envió al rey nuevo, dándole la enhorabuena del reinado. Con esto quedó Motecuhzuma confirmado en él y comenzó a tratar las cosas del gobierno como legítimas y proprias, reforzando su ciudad y ejercitando sus gentes en las cosas de la guerra, como aquel que también la sabía y pretendía ejercitarlas con otras provincias, para reducirlas (si pudiese) a su imperio y mando.

De las primeras cosas en que se ocupó este valeroso rey fue una, hacer templo y casa al demonio en un lugar y barrio llamado Huitznahuac; porque debió de parecerle que para conseguir sus intentos contra las naciones que quería sujetar, era bien comenzar con algún servicio hecho a sus dioses; y si este servicio que intentó hacer al demonio fuera en razón de servir al verdadero Dios, criador y hacedor de todas las cosas, no sólo no fuera malo su pensamiento, pero fuera muy meritorio; pues lo primero que todos los hombres deben hacer para encaminar bien sus cosas, es ofrecerle a Dios el alma y el cuerpo con algún particular servicio, como aquél a quien primeramente en todas las cosas estamos obligados. Pero gentil, idólatra y ciego (aunque errando, entendiendo que acertaba) puso en plática haber de hacer este templo. Para esta obra dio aviso al rey de Tetzcuco, Nezahualcoyotl y el de Tlacupan, llamado Totoquihuatzin y les pidió le ayudasen en su fábrica, el cual se acabó en muy breve tiempo, con tanta y tan buena ayuda.

CAPÍTULO XLIV. *De la guerra que los mexicanos y tetzcucanos hicieron a los chalcas, y de cosas que en ella fueron sucediendo; y de un caso que se cuenta de un hijo de Nezahualcoyotl, que es muy de notar*

OTECUHZUMA, QUE ERA DE ÁNIMO VALEROSO, pareciéndole que su reino era corto, y que estaba muy estrecho en estas comarcas mexicanas, pensaba en cómo ensanchar sus términos y hacerse señor de todos los demás que no lo reconocían, ni tributaban. En ocasión de estas vacilaciones y pensamientos de Motecuhzuma, sucedió que dos hijos de Nezahualcoyotl, rey de Tetzcuco, con otros señores y principales mexicanos, salieron de Tetzcuco a cazar por aquellas serranías comarcanas y alejándose de su gente, con el cebo de la caza, Xuchiquetzaltzin y su hermano, hijos del rey, con otros dos o tres de los caballeros mexicanos, fueron a dar a tierras de Chalco, cuyo señor tenía mala voluntad al rey de Tetzcuco por los casos pasados que dejamos referidos en las guerras conque Nezahualcoyotl se apoderó y hizo señor de su ciudad y reino de Tetzcuco. Y siendo

vistos estos dichos señores de algunos de los moradores de aquella provincia, fueron a dar aviso de ellos a su señor. El cual, por vengarse de sus pasiones, teniendo en poco el poder tetzcucano, los mandó prender y matar a todos; y para mayor ofensa y ultraje de Nezahualcoyotl hizo secar los cuerpos de sus dos hijos y después de enjutos y bien secos los tenía en su palacio, los cuales le servían de noche de candeleros, donde se ponían las luces que alumbraban en la sala donde asistía. Este caso atroz y nueva triste le fue al rey, que la sintió muy en el alma, tanto por ser muerte de hijos y caballeros que mucho quería, como por ser alevosía y traición de hombre que en otro tiempo había sido criado y vasallo de su abuelo y padre. Dio aviso de este caso al rey Motehcuzuma y pareciéndole buena la ocasión para sus intentos, sintiendo que sus deudos los tetzcucanos y caballeros mexicanos que con ellos iban fuesen muertos, dio aviso de lo hecho el rey de Tlacupan, Totoquihuatzin y le pidió que saliese con su gente al castigo de tan gran maldad y alevosía; y envió a decir a Nezahualcoyotl que él estaba presto de ayudarle, que saliese con su gente por aquella parte de Tetzcuco, por la tierra firme, que el saldría, con los suyos, por la de la laguna y comenzaría la guerra.

Luego que el señor de Chalco hizo la maldad de matar a los inocentes dichos, sabiendo que de ello le había de redundar alguna guerra e inquietud, recogió sus gentes y púsolas a punto de guerra para defenderse. Salieron Motecuhzuma y Totoquihuatzin con sus ejércitos, en gran número de canoas, por esta parte de la laguna dulce, abriendo paso por el pueblo de Cuitlahuac, para los chalcas. Salió Nezahualcoyotl con la más gente que pudo por la tierra firme y situó su campo en la parte de Tlapechhuacan, yendo por capitanes y caudillos de estas gentes dos hijos suyos llamado el uno Ichantlahtohuatzin y el otro Xochiquetzaltzin. Comenzóse la guerra por los mexicanos y tetzcucanos y aunque la hacían muy fuerte y rigurosa, era mucho el ánimo y valentía de los chalcas y se defendían de todos, como muy valerosos y esforzados hombres.

Era el rey o señor de esta gran provincia de Chalco ya muy viejo y ciego y no podía seguir la guerra en sus pies por la mucha flaqueza que le causaban los años; pero era de tanto corazón y ánimo que vencidas las fuerzas naturales salía a todas las batallas que se le ofrecían, él en persona. Y como ésta era tan de riesgo y donde le pareció que era menester echar el resto para no quedar vencido y tributario de los mexicanos como sabía que lo eran otros vecinos suyos, hízose sacar en una silla (como dicen del duque de Alva en Flandes) y sentado enmedio del ejército, lo gobernaba como si fuera mancebo robusto y no de tan anciana y cansada edad. Estaba vestido de vestiduras reales y en su cabeza tenía la insignia y corona de rey y una cadena al cuello hecha de corazones humanos engastados en oro, de los hombres principales y valerosos que él había prendido y muerto en las guerras. Salió con esta representación y traje soberbio; lo uno, por dar a entender a los contrarios que era hombre que sabía ofender y defenderse; y lo otro, porque por estar él tan viejo y ciego, no podía más que mandar. Comenzóse la guerra y duró muchos días, sin conocerse ven-

taja de una ni otra parte, haciendo unos y otros lances en sus contrarios y prendiendo cautivos de los unos y de los otros. Duraron estos acometimientos cincuenta y tres días, a cabo de los cuales un infante, llamado Axoquentzin, hijo del rey Nezahualcoyotl, de edad diez y ocho años, diole gana de ir a ver a sus hermanos a la guerra que hacían a los chalcas. Acompañóse para esta jornada de algunos mancebos que se criaban con él en su palacio; y cuando llegó al ejército tetzcucano fue una mañana, en ocasión que sus hermanos estaban almorzando para haber de salir a hacer guerra a sus enemigos. Saludólos con ánimo sereno y alegre, como aquel que con sinceridad y llaneza iba a visitarlos. Así como en otro tiempo, cuando los ejércitos de Israel estaban confrontados con el de los filisteos, en los cuales los hermanos mayores del santo mancebo David eran soldados y seguían la milicia, que deseando su vista el amoroso hermano, fue a verlos al campo.[1] Pero estos príncipes o infantes tetzcucanos recibieron a su hermano Axoquentzin con mucho desabrimiento y disgusto, o ya porque les pareció que era liviandad de muchacho venir a la guerra desapercibido, o ya porque el corazón les daba que les había de quitar la gloria de la batalla, como ni más ni menos les sucedió a los hijos de Isaí, cuando su hermano David, matando al gigante Goliat, quedó por vencedor y su nombre eternizado, y el suyo de ellos enterrado en la obscuridad y tinieblas del olvido.

Habiendo pues Axoquentzin saludado a sus hermanos y ofrecídoles la paz, díjole uno de ellos, llamado Xochiquetzaltzin, ¿que a qué iba o qué quería, en compañía de hombres un muchacho sin fuerzas ni experiencia para defenderse, si acaso le salían al encuentro sus enemigos? Pero el otro su hermano, llamado Ichantlahtohuatzin le convidó a almorzar con ellos, el cual, admitiendo el convite, alargó la mano para tomar de la vianda que comían, pero enojado de esto Xochiquetzaltzin le asió del brazo y con mucha fuerza le apartó del lugar donde almorzaba, y díjole: el que ha de comer con soldados y capitanes, ha de haber hecho obras de soldado y capitán para que merezca su asistencia y compañía; y si vos queréis ser digno de la nuestra, entrad en ese ejército de los chalcas, que son hombres valientes y animosos y venced y prended algunos de sus capitanes como nosotros hemos hecho, y entonces os admitiremos a nuestra amistad y compañía. Era Axoquentzin (aunque mancebo de pocos años) de ánimo muy varonil, y afrentado con las razones de su hermano apartóse de ellos y fuese, secretamente, al lugar y tienda donde tenían sus armas y vistiéndose de las que más a propósito le vinieron, fuese solo al campo de los enemigos, los cuales, viéndole venir solo y desacompañado y no recelando ningún mal que les pudiese sobrevenir, dejáronle llegar a ver lo que quería; el cual con la rabia que llevaba de la afrenta que su hermano le había hecho comenzó a desenvolverse sin hablar palabra, y hirió y mató a muchos de los chalcas antes que pudiesen desenvolverse ni revolver sobre la furia de tan cruel enemigo. Al ruido y alboroto que el mancebo causaba entre esta gente, que estaba desapercibida, salió Contecatl, uno de los capitanes de los chalcas,

[1] 1. Reg. 7

y fue por su mal, porque viéndolo Axoquentzin y pareciéndole por las insignias que traía ser el capitán general de aquel ejército, acometióle con tanta valentía que a breves golpes que se dieron lo venció y derribó en tierra y cogiéndolo por los cabellos lo comenzó a arrastrar por el suelo; pero Contecatl, que se vio arrastrar, se levantó y dio por cautivo de Axoquentzin y le trajo, a pesar de todos los contrarios, defendiéndose varonilmente de ellos, hasta el ejército tetzcucano, que como vieron el ruido que entre los chalcas había y que venían a todo correr hacía ellos, sin saber qué causa podía moverlos para aquella repentina venida, se pusieron en arma y le salieron al encuentro y comenzó a trabarse entre los unos y los otros tan reñida batalla, que murieron muchos de una parte y otra. Sabido por los dos hermanos lo que el mancebo Axoquentzin había hecho y viendo al capitán Contecatl asido por los cabellos y hecho su prisionero, admiráronse del caso; y pereciéndole a Ichantlahtohuatzin, su hermano, que aquel hecho no sólo no era de muchacho sino de hombre de mucha fama y varonil, quitóse de la cabeza la guirnalda y insignia que llevaba de capitán y púsola sobre la de su hermano Axoquentzin, diciéndole que era más digno de ella que él, pues había vencido a quien todos ellos juntos no habían podido vencer; y metiéndose unos y otros en la batalla y acudiendo los mexicanos y tepanecos, por su parte, trabóse entre ellos tan reñida que de esta vez los vencieron, mostrándose el rey Motecuhzuma muy valeroso y hazañoso. En ella fue preso el rey y señor de estos chalcas y llevado a la presencia de los dos reyes, Motecuhzuma y Totoquihuatzin y los dos príncipes tetzcucanos, y hicieron justicia de él conforme a sus maldades y traiciones que había cometido y enviaron la nueva de esta victoria al rey Nezahualcoyotl, a quien guardaban respeto como más antiguo en la dignidad y valeroso en el gobierno; y juntamente enviaron a decir, que si gustaba de venir al repartimiento de los despojos que para ello le aguardaban. Vino luego Nezahualcoyotl con grande acompañamiento y hízose la repartición de todo lo ganado, quedando los tres reyes por señores de aquella provincia, aunque por haberse hallado presente a la batalla Motecuhzuma, salió más aventajado. Dícese que fueron los de esta provincia a Tetzcuco y plantaron una grandísima arboleda de sabinas, que agora están a la entrada de la ciudad, junto a los palacios de este dicho rey Nezahualcoyotl, y que esto hizo en memoria de tan gran victoria, habiendo sido causa de ella su hijo Axoquentzin venciendo al capitán Contecatl, con cuyo vencimiento se atemorizaron los chalcas y comenzaron a huir y a derramarse por diversas partes de aquella tierra; aunque después, por pregón general que se dio por mandato del rey Motecuhzuma, que era el más aventajado en la dicha provincia, se volvieron a congregar y juntar en sus casas, como antes estaban; pero ya sin rey y sujetos a un gobernador que les fue puesto.

Eran estos chalcas muy belicosos y no sufrían ser gobernados de rey extraño y ajeno (como en otro tiempo le sucedió a los españoles con los romanos), y por esta causa se rebelaban muchas veces y mataban a la gente de presidio que tenía entre ellos el mexicano, y duraron estos alzamientos y contiendas espacio de treinta años, hasta que en tiempo de otro rey de

estos mexicanos (que ya entonces eran poderosos en esta Nueva España) los vencieron de todo punto y dejaron rendidos a este imperio mexicano.

Dícese que en esta sazón estaba el rey Nezahualcoyotl en una casa de recreación, que está una legua de la ciudad, que se llama Tetzcutzinco, y la noche antes de esta victoria, estando durmiendo el rey y haciendo escolta algunos de sus capitanes, dos de ellos, llamado el uno Chichintocatzin y el otro Itztapalotzin, oyeron una voz que de fuera del palacio los llamaba y cuando salieron se encontraron con un mancebo bien dispuesto, que les dijo: entrad dentro y decidle al rey Nezahualcoyotl que mañana, a poco tiempo después del sol salido, vencerá su hijo Axoquentzin el ejército de los chalcas y quedará Chalco destruido y asolado. Fueron con este mensaje al rey, que estaba acostado y siempre muy cuidadoso del suceso de esta guerra, el cual lo oyó y quedó como asombrado de oírlo, pareciéndole el caso disparatado por la disparidad grande de las fuerzas, teniendo a su hijo por muy muchacho y represetándosele ser la empresa muy alta; y preguntando a los capitanes si era verdad lo que le decían o cosa que hubiesen soñado, y certificándolo ellos ser verdad y no sueño, mandólos prender y poner a buen recaudo hasta que se supiese la certificación de lo que en aquello había sucedido, como en este capítulo lo habemos contado; quien haya sido este mancebo no se dice.

CAPÍTULO XLV. *De cómo el rey Nezahualcoyotl se casó con una señora, hija del rey Totoquihuatzin de Tlacupan, de la cual hubo a Nezahualpilli, que fue el heredero de su reino, después de su muerte*

DESPUÉS QUE FUERON CRECIENDO EN NÚMERO estas poblazones y poder de los reyes mexicanos y tetzcucanos, fue también tenido por grande autoridad casar los unos con los otros; y así sucedía que aunque acostumbraban tener muchas mujeres, no legitimaban sino aquella que habían recibido de una de estas partes y el hijo mayor que de esta señora nacía hacían heredero de sus estados; y aunque esto corrió en general, por la mayor parte de esta Nueva España, se guardó más en particular en el reino de Tetzcuco. Y aunque Nezahualcoyotl, que en esta sazón reinaba en él, tenía muchas mujeres, en las cuales había habido los hijos que dejamos referidos y otros algunos más, no tenía por legítima ninguna de ellas, por ser hijas de sus vasallos y criados; y pareciéndole ser ya tiempo de buscar mujer de quien pudiese dejar legítima sucesión, comenzó a pensar el modo que tendría para haberla. Sucedió pues, que andando metido en estos cuidados adoleció de enfermedad de melancolía y llegó a estar de manera que nada le daba gusto ni contento, y viéndole los privados de su casa triste y melancólico, y deseosos de que no lo estuviese, le persuadieron a que dejase la ciudad y los negocios del gobierno y se fuese a alguna parte, donde to-